

artemisaediciones
letras·delvórtice**2**
llamandoa·laspuertasdelcielo

**l l a m a n d o
a · l a s p u e r t a s
d e l c i e l o
a n t o n i o a n s ó n**

© del texto antonio ansón
© de la imagen de cubierta judith villamayor
© de esta edición artemisaediciones 2007
calle san agustín 61 la laguna 38201 tenerife 922255413
info@artemisaediciones.com
www.artemisaediciones.com
diseño de la colección marian montesdeoca

**l l a m a n d o
a · l a s p u e r t a s
d e l c i e l o**

¡Cúidate, España, de tu propia España!

César Vallejo

I

En el cementerio de Valcorza nos han ido enterrando a todos. Uno tras otro. Uno tras otro. Me consta que a Julita le di mucha pena, y que se deshizo en lágrimas cuando se enteró de que me había ahogado en el pozo del Molino. Así es la vida. O la muerte. Qué le vamos a hacer. Tarde o temprano llega el momento de rendir cuentas y se acabó. De nada sirve ponerse sentimental. Rezar todas las oraciones que uno recuerda. Cagarse de miedo. Toca, pues toca. Y a pagar. A tocateja. Como mi amigo Ernesto.

Se abre un agujero en la tierra, o en la pared. Un saco de cemento y un par de carretillos de tochos, y adentro que te vas. Santas Pascuas. Lo último que pensé cuando se me estaban llenando los pulmones de agua y de cangrejos es que había dejado el bancal de melones con la tajadera abierta. La que se iba a organizar en los ramblares. Hay cosas que no tienen remedio. Y lo que no tiene remedio mejor dejarlo estar. Que corra y lo arrastre el tiempo. Y se lo lleve. A rastras por el barranco de la vida. Envuelto en fango. Dando tumbos. Y ya está.

El último en morir fue Juan el Francés, que siguió cantando boleros muchos años. Se hizo viejo. Una barbaridad. Por eso está enterrado en la parte nueva. En un nicho de ladrillo caravista. Los demás nos hemos ido pudriendo en la tierra, con nuestro cajón de muerto y nuestro silencio. Y nuestra memoria. Que ya no sirve para nada.

2

Me crucé con el Piteras justo después de cenar, en el barrio bajo, con el gesto descompuesto y un par de zapatos en la mano.

—Voy para casa a echar algo al cuerpo —me explicó—, a ver si me templo.

No quise preguntar por los zapatos. Porque el Piteras iba vestido de arriba abajo. Y además eran de muda y el Piteras llevaba el mono puesto. Y las botas. Hablaba gesticulando como si no tuviera nada en las manos. Pero yo no podía dejar de mirar y seguir con los ojos las figuras geométricas que dibujaban los zapatos ilustrando sus explicaciones.

—Ahí los he dejado. Con su muerto.

A Timoteo el Modorro le habían tapado la cara con un plástico para que no manchara la sábana. Media cara. Porque la otra media se había quedado embutida, como carne para albóndigas había dicho su madre, la Gregoria, entre los hierros del tractor y la tierra recién labrada de Valcorza, más allá del pozo de los Colchoneros, casi en el término ya de Valroya. Le llamaban el Modorro porque siempre anduvo ensimismado, desde niño, pensando en lo suyo, y había